

CAPÍTULO I

REFLEXIONES SOBRE LA CAÍDA DEL CAPITALISMO ESCRITO EN 2020 D. C.

Mirando en retrospectiva desde el año actual de 2020 d. C., uno es capaz de ver las cosas del pasado con una perspectiva más clara de lo que era visible para las personas de la época. Debió de ser posible para cualquiera, incluso tan temprano digamos como el año 1932, ver la inminencia de grandes cambios. El llamado «sistema capitalista» ya estaba condenado. De hecho, lo estuvo tan pronto como las personas comenzaron a llamarlo con ese nombre. También habían llegado a llamarlo «sistema individualista» y «sistema de ganancias» y muchos otros nombres igual de oprobiosos. Las personas que habían vivido toda su vida bajo dicho régimen y nunca supieron que estaba allí se habían amargado por ello.

En resumen, estaba claro que el mundo industrial iba a colapsar. Algunos economistas le otorgaron una generación más de vida, medio siglo, y otros solo unos pocos años. Pero ninguno de ellos previó lo repentino, ni el alcance total, de la Revolución del Amor Fraternal que lo empujó todo hacia el desastre.

Soy de las pocas personas mayores cuyos recuerdos infantiles pueden remontarse hasta entonces. Incluso tengo recuerdos inolvidables, sombríos y terribles, de los tiroteos y ahorcamientos que acompañaron a la Institución de la Paz y la Armonía por parte del gobierno.

Esto me da la oportunidad de juzgar las cosas de hoy en día tal vez de una manera algo diferente al punto de vista de mis camaradas hermanos y hermanas. Es más, quizá pueda ver las cosas bajo una luz correcta en razón de mi afición de por vida a leer libros antiguos y memorias del pasado. Puedo imaginarme los días de la primera Reina Victoria, mucho antes de la reconstrucción de Londres. Tengo una imagen mental bastante clara del viejo automóvil que funcionaba con gasolina. Incluso he visto un caballo, no uno de los artilugios mecánicos ahora conocidos con ese nombre, sino el animal vivo. Así que con el recuerdo temprano y la lectura continua puedo, por así decirlo, reconstruir para mí el mundo de hace cien años y comprender que su final era inevitable.

Las personas de un siglo, o un siglo y medio atrás, vivían en lo que a ellos les parecía un mundo bellamente simple y estable. Estoy pensando no solo en los días de Victoria I, sino en los tiempos de los Jorges que estuvieron antes que ella y que gobernaron tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. (La propia Victoria, por supuesto, no gobernó en los Estados Unidos, la Familia Real decidió renunciar a hacerlo).

En ese viejo mundo económico se establecieron algunos límites y modelos estándar a modo de señales para la orientación de la sociedad. Se pensó que aquello era todo lo que se necesitaba. Ley y orden, propiedad, industria, honestidad, eso era suficiente.

Tengo aquí algunos de los libros antiguos, prohibidos desde hace tiempo, en los que se describió este sistema. Aquí está *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith; *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill, y los ensayos del brillante estadounidense Thomas Jefferson. Los lectores

de estas memorias se sorprenderán de que admita la posesión de tales libros, por cualquiera de los cuales un hombre iría a la cárcel hoy en día. Pero mi posición oficial y mi estrecha relación con muchos camaradas supercomisionados me garantiza una especie de inmunidad ante estos avatares. Nuestro gobierno actual, con todas sus deficiencias, tiene su lado indulgente. En efecto, el otro día, el camarada Ilyitch Smith, censor jefe de propaganda, vio en mi mesa una copia de los *Sermones*, de Thomas Chalmers, y simplemente se rio al verlo. Él mismo me prestó una vez un volumen de la *Geometría*, de Euclides y admitió que no había visto nada criticable en él.

Creo que me he vuelto demasiado locuaz con el paso de los años. Solo intentaba decir que el mundo de principios del siglo XIX se regía por una economía muy simple, regulada por unas pocas máximas. Trabaja duro, esa era la primera idea. La gente solía hablar con orgullo de estar «tan ocupada como una abeja» y de «trabajar como un castor».

A fuerza de llamarse a sí mismo castor, hormiga y caballo, el hombre civilizado consiguió, aquí en Inglaterra y más aún en Estados Unidos, resultar persuadido por el «hábito del trabajo», lo que persiste como una de nuestras perplejidades. Al hombre civilizado nunca se le ocurrió pensar que el trabajo fuera una idea bastante desconocida para el castor o para la abeja; la abeja se mantiene ocupada todo el día, como también lo está una persona que juega al golf o permanece concentrada en una partida de ajedrez. Los animales no trabajan, simplemente se ocupan de sus asuntos, pero el hombre adquirió el hábito del trabajo sin darse cuenta de que a la larga sería fatal.

Y junto al trabajo estaba el ahorro. «No malgastes, no quieras cosas». «Un centavo ahorrado es un centavo ganado». «Guarda algo para los tiempos de vacas flacas». Estas fueron las pequeñas máximas de la humanidad industriosa en la época de nuestros tatarabuelos.

Después del trabajo y del ahorro llegó la honradez. Aquello resultó un poco más difícil para nuestros antepasados. Al hombre nacido para estafador bajo el capitalismo, la máxima de «El hombre honrado es la más noble creación de Dios» no le llamaba demasiado la atención. Mejor, tal vez, era el compromiso «La honradez es la mejor política». Sobre esos cimientos se desarrolló la simbiosis llamada «honradez empresarial», que floreció junto a la «infidelidad cristiana», a la «guerra humanitaria» y otras paradojas del siglo XIX.

Luego vino la idea del comercio: vende todo lo que puedas y vive de lo que no puedas vender. No desperdicias dinero en extravagancias. Todo aquel que escribía sobre economía en aquella época ponía énfasis en la perversidad del derrochador. Era un enemigo de la sociedad. ¡Qué malvado desperdiciar su dinero en champán y cigarros cuando podría haberlo invertido en fundiciones!

Esa advertencia caló hondo. Las personas tenían miedo a gastar dinero. En lugar de comprarse un yate, se decantaban por financiar una Cátedra de Teología. Universidades enteras fueron dotadas por personas temerosas de pasar un buen rato con su propio dinero.

La última en ser atendida, aunque en cierto modo fue la primera, fue la educación, la búsqueda del conocimiento, la ciencia. Equipa a una nación con ella y saldrá adelante. La educación estimuló la invención, verdade-

ra clave del progreso. En cuatro mil años la humanidad había inventado el alfabeto, la carretilla, la destilación del whisky, la pólvora y la imprenta, y después se había quedado atascada. Con eso Europa ya estaba servida. Después de todo, sentarse en una cómoda carretilla y leer un libro de poesía impreso, con una botella de whisky y una escopeta al alcance de la mano no resultaba tan malo.

Pero los ciudadanos capitalistas del siglo XIX, y sobre todo los norteamericanos, se apropiaron de lo bueno que había, lo mejoraron y lo echaron a perder. En un período de cien años cubrieron su país, por tierra, mar y aire, de un fabuloso desorden de maquinaria rugiente.

El resultado, podemos verlo ahora, tenía que llegar. Las personas que trabajaron como castores durante cien años, que se levantaban con las alondras y que nunca gastaron dinero excepto en fundiciones y maquinaria, simplemente se encaminaron hacia el desastre.

Así fue como el hombre civilizado, tanto en Europa como en América, siguió haciendo negocios década tras década, acumulando ahorros, maquinaria y poder industrial.

En otras palabras, el terreno estaba preparado o, mejor, déjenme decir que fue socavado, por la crisis que hizo pedazos el marco social existente.

No sé con exactitud por qué razón debí haber incluido estas reflexiones. Son una especie de prefacio a las notas y memorandos que siguen. Lo que pretendo escribir es un mero registro aleatorio de comentarios sobre nuestro actual gobierno. Parece mejor establecerlo en este contexto.